



Cuando el mundo es la ciudad

Las ciudades en la perspectiva de la cultura*

RUBENS BAYARDO**

A la luz de los recientes procesos mundiales, el fenómeno urbano, largamente explicado por oposición a lo rural en términos ecológicos, demográficos, económicos, obnubila hoy ese contraste anterior. A decir verdad, las ciudades dan la impresión de concentrar todos los desarrollos y todas las problemáticas contemporáneas, resultando el espacio privilegiado de la explicación y del análisis sociocultural. La pregunta de Marc Augé en cuanto a si en los tiempos que corren la ciudad es el mundo o el mundo es la ciudad, parece amplificarse —como en buena parte de la literatura académica actual— en la reciente aparición del libro *Ciudades. Estudios socioculturales sobre el espacio urbano*, compilado por Claudio Lobeto y Diana Wechsler (Ediciones Nuevos Tiempos-Instituto Internacional del Desarrollo, Madrid y Buenos Aires, 1996). Éste agrupa artículos de Arturo Rodríguez Morató, Iñaki Domínguez, Mara Sánchez, Hans Haufe, Adriana Libonati y Mónica Lacarrieu, así como contribuciones de los mismos compiladores.

La obra a la que hacemos referencia reúne trabajos cuyos autores provienen de distintos encuadres disciplinarios, como la antropología, la historia del arte, la sociología, el urbanismo. Las temáticas específicas abordadas resultan igualmente diversas: las dinámicas territoriales y los centros artísticos, la iconografía y los imaginarios urbanos, la participación ciudadana, las prácticas socioestéticas urbanas, las artesanías urbanas, la pequeña ciudad-jardín, el espacio, los flujos comunicacionales y los poblacionales, lo tradicional y lo moderno en las grandes ciudades. Pero todas ellas se agrupan en torno a la premisa planteada por los compiladores en cuanto a la “centralidad de la ciudad como experiencia de nuestro siglo”.

Amén de la ciudad, otros elementos comunes atraviesan estos trabajos, principalmente una perspectiva que pone el énfasis en los aspectos culturales. Imágenes, símbolos, imaginarios, culturas, subculturas e identidades dan cuenta de ese componente “sociocultural” al que hace referencia el

subtítulo de la obra. Otra preocupación fundamental, vinculada a la anterior, es el contexto epocal en el que puede comprenderse la cuestión urbana. Nos referimos a la modernidad y a la postmodernidad como formas culturales que organizan el espacio, el tiempo y la subjetividad, en relación con componentes sociales, económicos y políticos. De aquí la importancia que adquieren las múltiples transformaciones recientes en esos ámbitos, encuadradas en los procesos de globalización y el influjo de las políticas neoliberales. Así, en el libro, adquiere un lugar relevante la complejidad de las articulaciones entre lo tradicional y lo moderno, lo local y lo global, lo público y lo privado. Reseñamos las líneas fundamentales de las contribuciones reunidas en esta compilación.

En “El impacto de la globalización en la articulación territorial de las dinámicas artísticas” Arturo Rodríguez Morató analiza los cambios que propician tanto el afianzamiento como la puesta en cuestión de la centralidad de las metrópolis en las artes. El autor sostiene que los mundos artísticos se caracterizan por ofrecer recursos productivos materiales y personales heterogéneos y por organizarse en contextos distributivos diferenciales, donde la distancia a mediadores culturales, empresarios, patrocinadores, públicos y reguladores estatales resulta crucial. Existe entonces, “una gama de situaciones jerárquicamente organizada, que establece diferentes condiciones de posibilidad a lo largo del territorio, hasta llegar a los umbrales más allá de los cuales es imposible la ‘vida’ artística”. El extremo opuesto son los centros artísticos, lugares de integración

* Reseña del libro *Ciudades. Estudios socioculturales sobre el espacio urbano*, compilado por Claudio Lobeto y Diana Wechsler (Ediciones Nuevos Tiempos/Instituto Internacional del Desarrollo, Madrid y Buenos Aires, 1996).

** Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

estructural, de autonomía discursiva y de innovación creativa, caracterizados por englobar los principales elementos que conforman un mundo artístico.

Pero este modelo ideal, sostiene Rodríguez Morató, es empíricamente más complejo y cambiante, pues su dinámica reside en los espacios culturales donde confluyen productores y públicos, y donde el arte satisface la exigencia mínima de “ofrecer una plataforma de identidad definida en términos territoriales”. Las facilidades artísticas para la profesionalización y la carrera, los factores económicos coadyuvantes para la producción cultural, la lógica política tendiente a promover la competitividad de las capitales, son fuerzas de centralización que explican el predominio de las metrópolis. En igual sentido operan fuerzas que provocan la “periferización” o dependencia frente al centro (el

pillaje, la emigración y la creolización o traducción de las formas vernáculas a otras afines a los lenguajes metropolitanos).

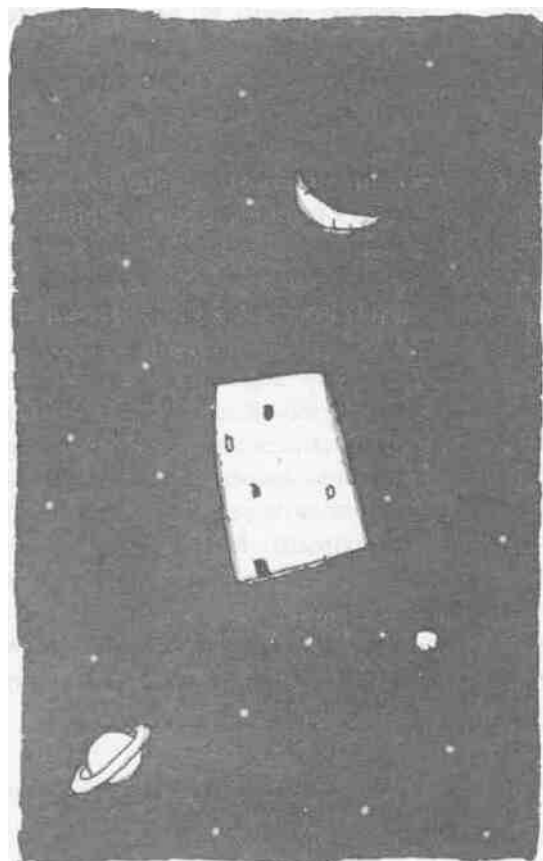
La globalización incide en la dinámica territorial del arte disminuyendo la importancia de algunos elementos y aumentando la de otros. Así, mientras los recursos pueden volverse accesibles de manera generalizada, la comunidad de productores y las instancias mediadoras pueden tomarse críticos. Los cambios en los patrones de regulación y en las pautas de difusión artística tienen hondas repercusiones, los flujos internacionales desbordan los mundos artísticos modernos y los centros artísticos metropolitanos. Los flujos informativos manipulan la reputación y el éxito artísticos configurando a los consumidores como masa, contribuyendo a “la desactivación de la retórica historicista del avance y de la superación, del discurso crítico y jerarquizador propio de la vanguardia, y su sustitución por un ecléctico remolino de modas efímeras”.

Asimismo, sostiene Rodríguez Morató, varían las formas de dominio del centro sobre la periferia al perder importancia la apropiación de las obras y ganar importancia el control de redes internacionales de instituciones legitimadoras enclavadas en ciudades globales.

Diana Wechsler en “Buenos Aires (1920-1930): fotografía y pintura en la construcción de una identidad moderna” aborda las diversas selecciones temáticas y de composición que, insertas en los medios gráficos de la época, contribuyeron a conformar una nueva síntesis mental de la

ciudad como “metrópolis del mundo”. De su análisis surge que la fotografía en la prensa dio un lugar privilegiado a la vista aérea, tematizando la regularidad de la planta urbana, sus parques y avenidas, la racionalidad del puerto, connotando la incorporación de lo nuevo en la promesa de un futuro de progreso. Las vistas desde el suelo y el enfoque de los personajes urbanos, aunque operando en similar sentido, no logran oscurecer la desigualdad social que acompaña a la variabilidad de la experiencia moderna. Apelando a los nuevos recursos técnicos, a enfoques estetizantes y a miradas idealizadas, las imágenes fotográficas aportan a un imaginario que a una pasado y presente, historia urbana e historia nacional y reafirma a Buenos Aires como ciudad moderna.

La pintura de la época, seleccionada de los Salones Nacionales de Bellas Artes y publicada en los medios gráficos, se inscribe en un panorama de mayores tensiones que la fotografía. La iconografía urbana surge como alternativa al paisaje rural, incorporando una temática moderna a la producción plástica tradicionalista. El puerto, molinos, elevadores de granos, son motivos que dan testimonio de una economía ligada al mercado mundial y su impacto modernizador. Pero la manera de registrarlos oscila entre el rescate anecdótico de la mirada pintoresca y la visión conflictiva de la mirada comprometida. Los lenguajes pictóricos se despliegan entre lo ya transitado y los realismos experimentados por la vanguardia. Así, procedimientos estetizantes propicios para agradar el gusto burgués coexisten con tratamientos humanizados que procuran un acercamiento sensible a las experiencias cotidianas vividas, con perspectivas metafísicas que hacen a un lado la dimensión



temporal y con lenguajes que recurren a una construcción atomizada que inquieta al espectador.

“Las representaciones elaboradas sobre la ciudad no son neutras, en cada una se torna partido respecto de los cambios” señala Wechsler, argumentando, a partir de la pluralidad de voces y de puntos de vista relevados en su trabajo, que “la apropiación diferencial de la modernidad... aparece como uno de los rasgos distintivos de nuestra modernidad periférica”. La prensa unificó foto y pintura en una operación gráfica donde los cuadros pierden su “aura”, interesan al público por lo que representan y convergen hacia la valoración de lo masivo por sobre lo único, elemento que refuerza el proceso modernizador. Mas allá de las claves de lectura impulsadas, las decodificaciones de las diversas miradas que foto y pintura ofrecieron sobre la ciudad, contribuyeron al establecimiento de los tópicos fundadores de una imagen moderna, contrastando lo viejo y lo nuevo, incorporando la racionalidad ortogonal de la ciudad e integrándola en una nueva síntesis mental.

En su trabajo “La participación ciudadana en el espacio urbano”, Iñaki Domínguez parte de considerar a la ciudadanía como un proceso en el que la pertenencia plena a una sociedad se plasma en la adquisición de derechos civiles, políticos y sociales. Parte de estos últimos son los derechos culturales, también encaminados a garantizar bienestar y seguridad a los individuos, pero que al no estar cifrados en necesidades de la subsistencia son más difíciles de objetivar, expresar en demandas, definir en áreas de carencia y sectores de incidencia. La oferta abrumadora de la cultura de masas y la fuerte vinculación entre cultura y educación, tienden a enturbiar la demanda cultural o a volverla un

apéndice de la socialización institucionalizada. La constricción de los derechos sociales a la prestación de servicios sociales ha limitado el ejercicio ciudadano a una participación política casi meramente electoral. En este contexto, las políticas culturales —que debieran garantizar y mejorar el acceso a bienes y servicios culturales— terminan generando nuevos criterios de diferenciación social, al promover actividades minoritarias, marginar sistemas menos especializados y guiarse más por la necesidad de generar representaciones sociales que espacios de participación.

Domínguez cifra la expectativa de relocalización de espacios de participación en las ciudades de las sociedades avanzadas en los “equipamientos culturales de tercera generación (centros cívicos o socioculturales)” vinculados al denominado *tercer sector*. Estos suponen presencia física y pública de los actores, actividades voluntarias de carácter no ocupacional y referidas a terceros. A diferencia de la política sociocultural como representación (dirigida a legitimar instituciones, integrar colectivos en ellas y formar expertos), la participación socializa, reconoce movimientos sociales y da formación cívica. El autor sostiene que “la simple presencia de los ciudadanos en espacios públicos, desarrollando actividades al margen de sus representantes y de los lugares de la representatividad supone... un esperanzador intento de revitalización de la sociedad civil”. El voluntariado en sus distintos tipos —en tanto servicio libre, no remunerado, en organizaciones públicas, con fines altruistas— es una forma específica y aventajada de participación sociocultural, por su capacidad de detectar necesidades y ofrecer soluciones creativas y globales.

Pero, paradójicamente, el voluntariado plantea dificultades en las asociaciones culturales, mismas que, muchas veces volcadas al patrocinio publicitario, basadas en trabajadores asalariados, relaciones personales y objetivos difusos, “no suponen una mejora sustancial de las condiciones de participación ciudadana”. El voluntariado cultural choca con la dinámica mercantil de la acción institucional de la cultura que, en la profesionalización de sus agentes y la generación de empleos culturales, frena la acción altruista y la participación que podría regenerar la vida comunitaria. Domínguez considera a las actividades culturales “vehículos privilegiados para la participación social”, por su carácter menos especializado, por no requerir condiciones previas de inclusión/exclusión (a diferencia por ejemplo de las atenciones sanitarias) y por organizarse en el tiempo libre. A su entender, si bien es posible augurar un difícil futuro a las actividades voluntarias, sean sociales o culturales, los equipamientos cívico-culturales, como lugar de encuentro de políticas institucionales y movimientos sociales, “parecen ser uno de los instrumentos más eficaces en la tarea de promover la participación ciudadana en las grandes urbes”.

La contribución de Claudio Lobeto, “Rituales urbanos. Fragmentos de globalización”, aborda el *tercer sector* de organizaciones no gubernamentales (ONG), movimientos y grupos sociales, analizando sus prácticas estético-políticas y socioestéticas como acciones rituales en las que se reconstruye el espacio público en las ciudades y se constituyen identidades locales. Entiende a la ciudad como núcleo de los procesos de modernización y globalización donde “flujos y ritmos entrecruzados

nacionales-internacionales, hegemónicos-subalternos, populares-masivos y globales-regionales, adquieren su mayor expresión". La aparición, desaparición y reposicionamiento de actores sociales, económicos y políticos en el contexto internacional, propiciadas por la globalización, encuentran en las modernas megalópolis grandes *espacio-escenario de mutaciones culturales*.

Lobeto considera que es en los microcontextos sociales y con relación a una demanda diferenciada por el espacio donde se produce el pasaje de lo individual a los sujetos colectivos urbanos. Lo local se llena de sentido como "lugar donde se construyen cotidianamente prácticas estético-políticas y socioestéticas... manifestaciones en donde lo reivindicativo y la demanda se entremezclan con aspectos lúdicos e intenciones estéticas que articulan una dimensión simbólica y un sistema comunicacional". *Graffiti*, pinturas faciales y máscaras, ornamentos y vestimentas, *performances* y acciones rituales, se apropian de la cultura industrializada, descontextualizando y resignificando símbolos y técnicas en una nueva lógica social que recrea lo público. Esta utilización diferencial de la cultura de masas acentúa la espectacularización y la repercusión pública de representaciones que resultan verdaderas acciones sobre lo real. Se producen así modelos de comportamiento y de relaciones sociales que ingresan a lo cotidiano como innovaciones culturales diferenciales o alternativas al modelo global.

Las prácticas socioestéticas "componen un material visual que funciona como sistemas comunicacionales y simbólicos que condensan categorizaciones sociales", decantando en la formación de subculturas y la ex-

presión de identidades grupales y sociales. Ellas hacen posible que se diluya la frontera entre lo individual y lo público, haciendo aparecer al grupo con características propias en el contexto global y conformando redes que retroalimentan todo el campo cultural. Lobeto sostiene que estas expresiones simbólicas, fragmentarias dentro del campo cultural mundializado, tanto reproducen como deslegitiman los flujos globalizantes. Su sentido está en lo particular, en la demanda específica, pero su representación de la realidad involucra al conjunto social. Se fusionan en una cultura popular internacional, pero "a pesar de volverse universales continúan particularizándose y permitiendo diferenciar a los sujetos actuantes".

Mara Sánchez en "Algo nuevo, algo viejo, algo usado...". Artesanía urbana en Buenos Aires" analiza este fenómeno como producción simbólica emergente de una *cultura juvenil internacional* ligada en principio a movimientos contraculturales, pero hoy integrada a la cultura urbana. Desde sus inicios, relacionados con el hippismo en los años sesenta, hasta su actual proliferación—vinculada al crecimiento de la megalópolis, el aumento de la crisis y la falta de empleo— las ferias artesanales han conocido diversas formas de inserción institucional, que implican la atribución municipal de distintas funciones económicas y culturales. Pero, por su parte, "los artesanos, han concretado a lo largo de los años, una apropiación del espacio, y lo han reformulado simbólicamente". Las ferias son un lugar de confluencia de numerosas prácticas: venta de mercancías, encuentro entre productores y consumidores, actividades recreativas y espectáculo en sí mismas. Los lenguajes estéticos involucrados y las fronteras simbólicas trazadas

en el consumo resultan expresiones de grupos que así significan identidades específicas en el espacio urbano.

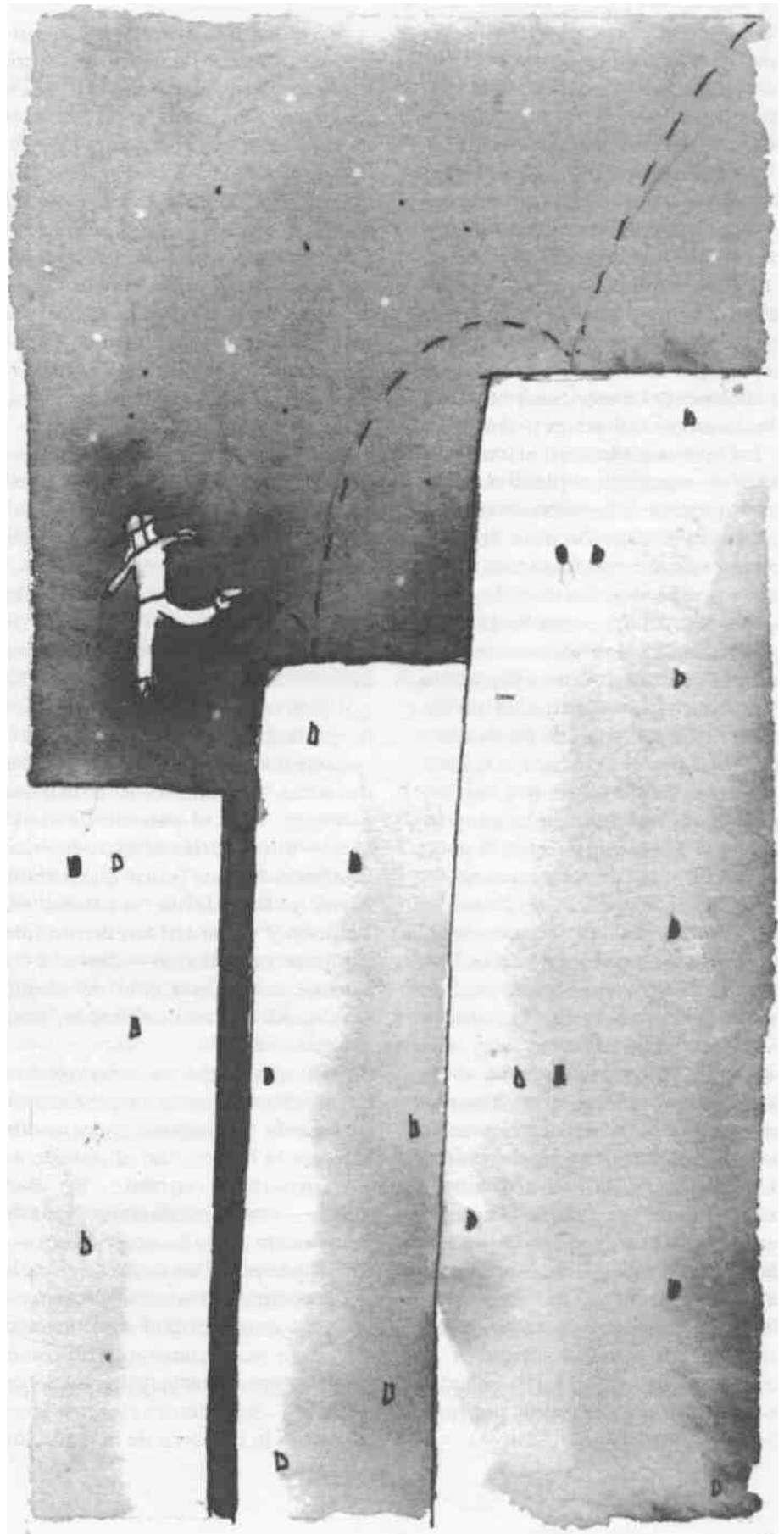
Ante la frecuente oposición de las artesanías frente a las artes cultas y diseños —subrayando su carácter tradicional, manual, ornamental, utilitario y ajeno al cambio— Sánchez plantea la importancia de la originalidad, la innovación iconográfica, la incorporación de materiales y las búsquedas formales. En el contexto de la heterogeneidad cultural de la nación argentina y de la ciudad de Buenos Aires, sostiene la autora, las artesanías involucran realidades y prácticas espacial y temporalmente muy diversas, tensionadas entre lo tradicional y lo moderno y entre lo local y lo global. "Expresan una identidad propia con rasgos peculiares y distintivos; urbana pero nostálgicamente bucólica. Atenta a los particularismos étnicos pero también a los repertorios mass-mediáticos transnacionales". Así, la artesanía urbana, amalgamando elementos de diversa extracción cultural, resignificados desde una estética que promueve la mezcla y contribuyendo a delinear proyectos de diferenciación supraindividual, ha naturalizado su presencia en la cultura de la ciudad.

El trabajo de Hans Haufe, "Mompox: ciudad-río de Colombia. La conformación espacial de Macondo", procura recuperar, mediante la descripción de sus rasgos urbanísticos, la peculiar fusión de elementos simbólicos y culturales, de arte y naturaleza, reunidos en esta pequeña ciudad histórica. Lo hace desde la convicción de que "el redescubrimiento de una cultura regional tradicional no significa la huida del presente sino un aporte activo para la proyección y construcción de un futuro más humano". Estratégicamente

ubicada sobre el río Magdalena, la ciudad escenifica la llegada al trópico con un perfil escalonado, elementos asimétricos, disposiciones oblicuas y un acceso desde el centro urbano sobre el río. Si bien su arquitectura sigue pautas de las Ordenanzas de Descubrimiento y Población coloniales, ocupan el primer plano elementos de la tradición local que Fals Borda conceptuara como *cultura anfibia*. El contacto de la arquitectura popular española, la tradición indígena caribe y la herencia africana cuaja en un conjunto urbano orgánicamente adaptado al ambiente.

Estanda económicamente por el desvío del curso principal del río, el cuidado de sus habitantes ha permitido la conservación de la ciudad, sin por ello convertirla en una reliquia. Mompox, prototipo de una ciudad-jardín tropical, “ofrece soluciones aún vigentes de adaptación al clima y al entorno natural del Caribe, de integración al paisaje y de uso de recursos naturales”. A la vez la consistencia de las soluciones de exteriores e interiores urbanos y la unión estética del conjunto, la vuelven un caso ejemplar. A la luz de las experiencias de las grandes metrópolis a nivel internacional, Haufe entiende que representa tanto una alternativa a las grandes ciudades como a la tendencia a reemplazar las culturas regionales o convertirlas en reminiscencias folklóricas. Resalta en este sentido la importancia de “fomentar el desarrollo regional, descentralizando funciones económicas, administrativas y culturales”.

En el artículo “El espacio electrónico. Recolonización del espacio urbano en lo rural”, Adriana Libonati contrasta el efectivo despoblamiento rural en Argentina con el repoblamiento aparente que las imágenes de los medios de



comunicación producen desde la ciudad. A la vez que destaca el papel que éstos cumplieron en la integración política de la nación, entre 1930 y fines de los años cincuenta, la autora subraya su papel en la migración campo-ciudad que se produjo desde los treinta. Los medios potenciaron un imaginario rural en el que las ciudades aparecían concentrando las promesas de beneficios económicos y atractivos culturales que el campo no estaba en condiciones de ofrecer, contribuyendo a la hiperconcentración urbana.

En la actualidad, en el contexto de un crecimiento explosivo de las repetidoras de televisión con fuerte centralización en Buenos Aires, y de una escasa participación de la población en otros consumos culturales, los imaginarios mediáticos hacen “desdibujar las informaciones e intereses locales”. Libonati plantea cómo el cierre de ramales de ferrocarril y la pérdida de su función social integradora del campo resulta compensada por la integración ficticia de los medios. Estos proporcionan al poblador rural la ilusión de participar de los atractivos urbanos, en el intento de frenar la migración y su presencia amenazante. Asimismo el discurso mediático logra integrar la ciudad, escindida entre bolsones de pobreza y barrios custodiados, con sus centros cívicos devaluados. Pero, simultáneamente, en contraste con los canales abiertos de televisión, los sistemas refinados de comunicación propagan un discurso naturalista que propicia la vida en la periferia de las grandes ciudades. Ello acompaña el desarrollo de emprendimientos urbanísticos, obras de infraestructura, autopistas y estrategias tendientes al reemplazo de los sectores sociales que habitan esos espacios por nuevos pobladores.

En el trabajo que cierra la compilación, “Suave contrapunto entre tradición y modernidad”, Mónica Lacarrieu aborda la problemática de las articulaciones complejas de lo global y lo local, lo tradicional y lo moderno, lo público y lo privado en dos grandes ciudades latinoamericanas —México y Buenos Aires—, procurando mostrar que no todas las *ciudades de fin de siglo* se constituyen homogéneamente. Adopta para ello una mirada desde lo local entendido “como espacio de apropiaciones diferenciales, campo de negociaciones, donde los diversos actores comprometidos redefinen sus límites según el uso y la significación otorgada a los lugares”. En los últimos años, en el contexto de la globalización y la prevalencia de las políticas neoliberales, tanto México como Buenos Aires ostentan procesos similares en cuanto a la existencia de grandes proyectos modernizadores tendientes a hacer de esas megalópolis *ciudades globales*. Pero el estudio desde lo local —tomando los casos del centro histórico de San Telmo en Buenos Aires y la colonia moderna de Polanco y el centro tradicional de Tlalpan en México— lleva a la autora a sostener que no existe una ciudad universalizable, una ciudad única.

Buenos Aires es una ciudad caracterizada por una prototípica búsqueda de progreso, pero donde a la vez la invocación al pasado se ha tornado recurrente. En San Telmo —conformado como lugar de la memoria hacia los años sesenta— la disputa entre los defensores de la zona histórica y los modernizadores, pone de manifiesto la significación de “jugar permanentemente con el pasado para definir las interrelaciones actuales”. Así, mientras los primeros levantan la bandera de la tradición

en relación con el patrimonio como instrumento de inclusión/exclusión, los segundos proponen una modernidad asociada al progreso, pero sin poner en discusión la historia. La autora plantea que el predominio de los preservacionistas se materializó en un centro histórico homogéneo, inmutable, reproductor de la historia oficial y soporte de una identidad nacional esencialista, donde a la vez la tradición se vinculó estrechamente a la privatización. El posterior triunfo de los modernizadores no excluyó la tradición sino que la incluyó como ideología favorable a la modernización, fomentando las apropiaciones del patrimonio y promoviendo una mayor privatización.

También en la Ciudad de México las articulaciones entre tradición y modernidad resultan complejas, contradictorias e interactuantes. La modernización, vista como progreso, no deja de vincularse fluidamente a una tradición exenta de sustancialismo. Las construcciones de lo local se realizan frente a las referencias globales de las ciudades americanas y las europeas, respectivamente identificadas como modernidad uniformizante y como progreso con tradición. Las ideas de *atrincherarse* en la ciudad —vinculada a lo familiar y lo pueblerino, al arraigo y la construcción de un *nosotros*— aúnan la tradición a una forma de privatización del espacio urbano, sin por ello dejar de estar asociadas a lo público. Lacarrieu sostiene que no necesariamente todo lo moderno se configura como privado y no todo lo tradicional como público, afirmando que “las grandes ciudades actuales... constituyen... ciudades diferenciadas a partir de respuestas, discursos y prácticas diversas de la gente que las habita”.